

Yo puedo revelar la parte esotérica del caso, porque Ramón González, el autor de la hazaña, me la refirió con todos sus detalles. Ramón, que era un chico arrestado y maleante, se ocultó tras la efigie de don Martín de Rivas y Sotomayor, y desde allí estuvo disparando sin descanso, con riesgo inminente de ser fusilado si se le descubría. Después, con la complicidad de los vecinos, se escapó por bóvedas y azoteas hasta quedar á salvo. Pero vaya usted á hacer aceptar estas cosas á gente que cree en lo maravilloso como en su propia vida.

La influencia de aquel 29 de enero de 1864 sobre la moral de los habitantes del pueblo, ha sido incalculable.

“Se resistió á los franceses aquí y en Puebla. ¡Nada más! ¡Hicimos más que México y que Guadalajara!” Y no cambiarían su condición de ciudadanos de aquel lugarejo ni por una grandeza de España ó una paria en el Reino Unido.

25 de agosto de 1900.

LOS BOMBONES

LOS comensales habían sido en el número que la regla marca: más que las gracias y menos que las musas. En toda la comida habían reinado esa alegría fina, esa soltura simpática, esa cordialidad comunicativa que hacen que la reunión más trivial se convierta en una verdadera fiesta.

El dueño de la casa, el cultísimo capitalista don Antonio Fernández Madrid, uno de los pocos ricos que se hacen perdonar sus talegas mediante su excelente humor, su cortesanía y su buena gracia, hizo la indicación de que se tomara el café en el departamento del juego de bolos, y tras él

fueron los invitados. En seguida se organizaron dos partidos, el que encabezaba don Carlos España y el que dirigía don Manuel Díaz Vélez, contando cada cual con los restantes campeones, entre quienes no había ninguno que fuera acreedor siquiera al epíteto de mediana bola.

Por eso el Licenciado Mendoza, don Antonio Miranda y Juan Gómez Rubio daban que reír con sus torpezas: no llegó á diez el número de palos que cada uno tiró durante el juego y éste se habría prolongado indefinidamente si no hubiera sido por la habilidad de los jefes, y de ellos por don Carlos, que á pesar de sus sesenta y cinco muy largos de talle hacia chuzas que era cosa de alabar á Dios.

Mientras tanto las chacotas y las bromas menudeaban más de lo que pudiera pensarse.

—Pero, don Manuel, si se ha traído usted la fortuna en el bolsillo.

—Ahora va el Licenciado. Cuidadito con inclinarse tanto, que se rompe el espinazo.

—Ya don Carlos se abrió de capa con veinticinco. Veinticinco á don Carlos.

—Muy bien. No entres (á la bola) no entres, porque nos parten.

—Vamos al otro.

—Un *pousse-café*.

—¿Dice usted que cerveza? Sí, helada está excelente.

—Usted con su *chartreuse*, general. ¿No prefiere un *benedictino*?

—Caramba, nos han ganado. Pues al desquite, al desquite. Ahora Mirandita se va con ustedes y yo tomo á Juan y á don Antonio.

Pero repentinamente el gozo se borró de todos los rostros, pues el anfitrión tomó la palabra para decir grave y formalmente: “Señores, nuestro amigo Ricardo Belaunzarán acaba de comunicarme algo que me ha afligido extraordinariamente y que aviso á ustedes con mucha pena. Dice que su reloj, una excelente repetición de oro y brillantes, ha desaparecido del bolsillo de su chaleco, que colgó de aquella percha para jugar á los bolos en nuestra compañía. Yo he propuesto á Ricardo pagarle su reloj á fin de no dar un disgusto á mis amigos; pero él insiste en que esa prenda procede

de su padre y que no se conforma con obtener el precio, sino que necesita la misma alhaja. Como deseo probar á Ricardo lo que él sabe tan bien como yo, y es que en esta casa no hay ladrones y que él por descuido ó de intento dejó olvidada la repetición ó la perdió en otro lugar, le he propuesto algo que á él lo dejará satisfecho y que no ofenderá á ustedes, y es que se registren los bolsillos de cada uno de nosotros á fin de probarle que no somos de los sujetos que se dedican á afanar relojes. Mi chaleco y mi americana están allí y le suplico á Ricardo ejecute él mismo el registro.

Todos asintieron ofendidos y mirándose unos á otros; sólo don Carlos, anciano honorabilísimo y persona de cuya probidad nadie podía dudar, se manifestó amostazado y anunció que dejaría la reunión si se le obligaba á aquel registro indecoroso.

Procuró el propinante hacerle comprender que la medida no significaba ni siquiera la idea remota de que él pudiera ser el ladrón, porfió don Carlos, mediaron los otros convidados, se formaron partidos por

uno ú otro extremo, cuando un mozo llegó presentando la prenda, que había encontrado entre el cesped de uno de los prados de la huerta.

Acabó la discusión, se serenó don Carlos, don Antonio dió mil explicaciones y excusas y entonces uno de los convidados, que había tomado el partido del viejecito, le preguntó con sorna: "Pero, don Carlos, si cogió usted la cosa con un calor que no parecía sino que se trataba de la suerte de Atenas. ¿Temió usted que sin comerlo ni beberlo le pasara lo que á Benjamín, y que de orden del secretario de Faraón metieran en su saco la copa del rey?"

—Amigos míos, dijo el anciano, la condición humana es tal, que temo haya alguno que diga en su interior: "Don Carlos no se robó el reloj, porque el reloj ha parecido; pero algo ha de haber tomado de importancia cuando no consiente en el registro." Pues bien, busquen ustedes, ahora les digo como Antonio: allí están mi chaleco y mi americana. Nadie movió pie ni mano; pero el mismo interesado se levantó y cogiendo el saco, vació . . . almendras

garapiñadas, *mendiants*, dulcecillos y bombones de los que habían estado en la mesa.

—Cierto estoy, continuó el caballero casi rasos los ojos en lágrimas, que el mismo perverso que haya pensado mal de mí dirá ahora: “Don Carlos es cleptomano,” como llaman ahora á los que antiguamente se llamaba bribones y pícaros; mas no es así: en mi vida he tomado nada contra la voluntad de su dueño y bien lo saben todos los que me conocen; pero hace como dos años que siempre que ocurro á algún banquete, cojo estas friolerillas para llevarlas á mis nietos, los huérfanos de mi hija Luz, para quienes soy padre, madre, abuelo y abuela, porque soy lo único que les queda en el mundo.

Don Antonio abrazó al simpático viejo, los demás le estrecharon la mano y la fiesta continuó con la misma alegría de antes.

25 de agosto de 1900.

LA NODRIZA

FUE largo y famoso el noviazgo de Julio Díaz y Amparo Cota. Desde que ella iba al colegio, todavía con el vestido á media pierna, y él frecuentaba en el Liceo las clases de cuarto año, ya se correspondían y ya se habían jurado amor eterno. Mientras los otros muchachos mariposeaban por los cafés y solían beber en ellos un ron con goma ó un *bitter-curaçao* jugando de paso algún partidillo de carambola ó de *piña*, Julio invertía el producto de sus trabajos en el bufete del Licenciado López Retana en comprar flores para la chiquilla, por cierto ya